

Utrera Domínguez, David

Historia de Cataluña

In: Utrera Domínguez, David. *Cultura y civilización catalanas*. 1. vyd. Brno: Masarykova univerzita, 2014, pp. 25-46

ISBN 978-80-210-6934-3; ISBN 978-80-210-6937-4 (online : Mobipocket)

Stable URL (handle): <https://hdl.handle.net/11222.digilib/130440>

Access Date: 17. 10. 2025

Version: 20220831

Terms of use: Digital Library of the Faculty of Arts, Masaryk University provides access to digitized documents strictly for personal use, unless otherwise specified.

HISTORIA DE CATALUÑA

Prehistoria

Los restos humanos más antiguos encontrados en Cataluña se remontan a unos 450.000 años de antigüedad y corresponden al llamado hombre de Talteüll, un Homo erectus descubierto en una cueva en la población de Talteüll (en la actual Cataluña Norte). Los restos más antiguos encontrados en el territorio actual de Cataluña datan del paleolítico inferior y proceden del Puig d'en Roca (Girona), datados en 500.000 años. Algo posteriores son los restos de una mandíbula femenina encontrada en la población de Banyoles (Girona), datados en aproximadamente 45.000 años, en lo que sería el primer vestigio del Homo Sapiens en Cataluña. Entre otros yacimientos importantes prehistóricos en el territorio de Cataluña cabe destacar el de Capellades, Torroella de Montgrí y los de la comarca del Pla de l'Estany. En lo que respecta a las pinturas rupestres, una de las zonas más ricas es la sierra de la Pietat d'Ulldecona, donde aparecen representaciones de la vida cotidiana con hombres en escenas de caza.

El Neolítico representa la primera revolución vivida por la humanidad, gracias a la generalización y al perfeccionamiento de la agricultura y la ganadería, la creación de núcleos estables de población, la aparición del comercio y de la cerámica, etc. Los yacimientos neolíticos más importantes de Cataluña son los de la cueva de Fontmajor (Espluga de Francolí), las cuevas de Gran y Freda (Montserrat), la cueva de Toll (Morà), entre otros.

Aproximadamente en el año 1200 a. C. Se produce una llegada de pueblos indoeuropeos que se extienden por toda Europa. Estos nuevos pobladores trajeron consigo toda una serie de cambios culturales. En las tierras catalanas surgieron toda una serie de poblados con una estructura protourbana, como el de Genó, en la comarca del Segrià, o el de la Mussara, en la comarca del Baix Camp. Desde el punto de vista urbanístico, sin embargo, el poblado más evolucionado es el que se encuentra en el Puig Roig, en la comarca del Priorat.

Los primeros colonizadores llegaron desde el Mediterráneo oriental en busca de metales y para ejercer el comercio. Griegos y fenicios influyeron positivamente en el desarrollo cultural de los pueblos íberos a partir del siglo VIII a.C. Los asentamientos griegos más conocidos y acreditados con total seguridad en Cataluña son los de Emporion (Empúries), que quiere decir mercado, y Rhode (Roses). Emporion, con

aproximadamente 2.000 habitantes, fue uno de los centros mercantiles más importantes en la costa de la península ibérica. Gracias a los extensos trabajos de excavación realizados en Empúries, actualmente podemos contemplar los restos de algunas de las actividades económicas que se realizaban en aquella población mercantil, como la salazón de pescados, una actividad que continúa siendo practicada a tan solo un par de kilómetros de las ruinas, en l'Escala. La actividad económica era tan importante en esta ciudad-mercado que incluso tenía su propia moneda, el dracma emporitano, del siglo III a.C. Justo en ese mismo siglo la ciudad fue destruida por las primeras invasiones germánicas, provocando que el lugar quedara totalmente deshabitado y abandonado hasta el inicio de las excavaciones arqueológicas en 1908.

Los íberos

La cultura ibérica es el resultado de la interacción de diversas influencias extranjeras sobre sustratos que ya existían previamente y que a partir del siglo VII a.C. y hasta el año 50 a.C. definieron los diferentes modos de vida de la sociedad indígena. A pesar de lo que se ha escrito en diversas ocasiones, los íberos no procedían de tribus invasoras del norte de África o de Europa. Si bien es cierto que existía una gran variedad de los pueblos ibéricos de la península, estos grupos comparten características comunes relacionadas con el nivel de desarrollo tecnológico y algunas manifestaciones artísticas y culturales. Suelen distinguirse cuatro períodos en la evolución de la cultura ibérica en tierras catalanas. El período inicial, del siglo VIII al siglo VII a.C. corresponde a los primeros contactos con los pueblos colonizadores y donde aparecen los primeros objetos de hierro. El periodo antiguo, del siglo VII hasta mediados del siglo V a.C. corresponde a la consolidación de la iberización en Cataluña. La época de plenitud, desde mediados del siglo V hasta el siglo de inicio de la romanización, III a.C., es el período de máximo desarrollo de la cultura ibérica, y la época de decadencia llegará a partir del desembarco de los ejércitos romanos en el año 218 a.C., que pondrá fin a esta cultura.

Los íberos se caracterizaban por ser un pueblo especialmente belicoso, basado en una estructura unipersonal fuertemente implantada y de gran poder militar, un aspecto del que hicieron gala en su lucha contra el invasor romano. Pero también era un pueblo agricultor y ganadero y practicaban el comercio, especialmente de su reconocida artesanía textil. Acuñaron moneda que, en un principio, imitaba el dracma emporitano y vivían en poblados, generalmente sobre colinas y promontorios para facilitar su defensa. La escritura ibérica estaba basada en un sistema de 28 signos, del que se conoce su lectura, pero cuyo significado todavía no ha podido descifrarse, en parte debido a los escasos testimonios escritos encontrados. Entre los yacimientos arqueológicos más importantes de poblados ibéricos se encuentra el de Ullastret (Girona).

La romanización

En el año 218 a.C. Gneu Cornelio Escipión desembarcó en Emporion con 20.000 soldados e inició una travesía hacia el sur hasta llegar a la ciudad de Tarraco, lugar estratégico desde donde poder combatir a las tribus íberas y cartaginesas del interior de la península. En el año 209 a.C. los romanos conquistan la ciudad de Cartago Nova, capital de los cartagineses en la península y tres años más tarde serían definitivamente expulsados de la Península Ibérica. La llegada de los romanos a Cataluña se debió a las luchas que Roma mantenía con Cartago y cuya expansión amenazaba la estabilidad del imperio romano. La estrategia romana era atacar a las fuerzas cartaginesas desde la retaguardia, es decir, no fue originalmente un plan de conquista, pero no dudaron en aprovechar la oportunidad de hacerse con todo el territorio peninsular, una vez sometidas las tribus ibéricas del interior. De esta forma se produjo la romanización de todo el territorio, una circunstancia que terminó con la desaparición de aquellos elementos característicos de la cultura ibérica como, por ejemplo, la lengua. Por otro lado, la superioridad cultural y evolutiva de los romanos supuso un gran atractivo para las tribus indígenas peninsulares, que no tardaron en asimilarla.

Los escenarios de la romanización en Cataluña son diversos, pero todos ellos destacan por la estructura de sus ciudades, entre las que Tarraco ocupa un lugar primordial, ya que se convirtió en la auténtica capital de la Cataluña romana. La segunda ciudad más importante fue Emporion, fundada en el siglo II a.C. junto a la ciudad griega, pero que fue perdiendo peso político y comercial en favor de otras ciudades como Barcelona debido a su alejamiento de las principales y nuevas rutas comerciales. Los romanos crearon una red de ciudades separadas entre sí por unos 50 kilómetros, al mismo tiempo que crearon un sistema de comunicaciones viarias que facilitaba el comercio y la administración territorial. Entre las rutas más destacadas estaba la vía Augusta, que iba desde Roma a Cádiz, que en Cataluña recibía el nombre de vía Domitia.

Una de las actividades económicas más importantes de la Cataluña romana era la producción de vino, que se exportaba a Roma, donde era muy apreciado.

Las continuas acometidas de los pueblos bárbaros y la crisis interna en el seno del Imperio romano provocaron un declive que afectó considerablemente a las ciudades romanas de Cataluña. Poco a poco estos pueblos germánicos fueron ganando terreno a los dominios romanos durante los siglos III – V, aprovechando la crisis económica y social que continuamente provocaba revueltas populares, una prueba de ello es el establecimiento de los visigodos en Barcelona en el siglo V.

Las aportaciones más importantes al territorio de Cataluña fueron el derecho y el idioma. El derecho estaba basado en la justicia y en la moral, cuyas normas perduraron muchos siglos después de la caída del Imperio romano. Los romanos trajeron consigo el latín, cuya influencia se vio incrementada gracias a la toleración, en un primer momento, del cristianismo como religión en el siglo IV y a su adopción como religión oficial del Imperio a finales del mismo siglo. El catalán, es un idioma formado a partir del latín vulgar, que eliminó definitivamente las lenguas ibéricas todavía existentes, razón por la que se considera una lengua románica, al igual que el español, el portugués, el francés, etc.

Los visigodos

Los visigodos están considerados como los más civilizados de los pueblos germánicos, pero su dominación en las tierras catalanas no fue de gran trascendencia para la posterior formación de la identidad catalana. Se instalaron en Barcelona en el año 415, pero no fue hasta el 526 donde establecieron en esta ciudad su capital. La institución visigótica por excelencia era la monarquía y fue de especial importancia el reino visigodo de Toledo, con grandes esperanzas unificadoras de toda la Península Ibérica. Esta política uniformadora tuvo como consecuencia la llamada Revuelta de Paulus (siglo VII). Este noble visigodo fue enviado por el rey Vamba a sofocar una rebelión en la Septimania (sur de Francia), pero él mismo se unió a los rebeldes y posteriormente dirigió un movimiento destinado a emancipar Cataluña y la Septimania del dominio del reino de Toledo. Esta acción significó de algún modo una muestra del autoctonismo latente que luchaba ya entonces contra las aspiraciones centralizadoras del reino de Toledo.

Al principio, los visigodos y los hispanorromanos se regían por leyes diferentes, propias para cada uno de los dos grupos. Poco a poco estas leyes fueron unificándose hasta reducirse a un único código, conocido como Liber Iudicum (654), en lo que puede denominarse el primer texto escrito de importancia en catalán.

En el siglo VII la importancia política y militar de la monarquía visigótica se reduce considerable y rápidamente hasta principios del siglo VIII, cuando tuvo lugar la invasión musulmana.

La conquista musulmana

Los musulmanes provenientes del norte de África aprovecharon la inestabilidad del reino visigótico para iniciar en el año 711 una invasión de la Península Ibérica que llegó a las tierras catalanas en el año 711 y que siete años más tarde ya había sido completada. Su afán conquistador no se detuvo en los Pirineos y en el año 768 habían conquistado toda la región francesa del Rosellón. En la mayoría de casos, la invasión musulmana se produjo sin graves enfrentamientos bélicos, excepto en el caso de Tarragona donde hubo un elevado nivel de destrucción con consecuencias desastrosas a largo plazo. Los musulmanes sustituyeron a la nobleza visigoda e instauraron el cobro de impuestos, un impuesto personal a los no creyentes y otro territorial. Esta circunstancia provocó que fueran muchos quienes abandonaran el cristianismo y se convirtieran al islam con el objeto de evitar, al menos, uno de los impuestos. Por lo demás, la población pudo mantener su lengua, religión y costumbres, no sin restricciones.

La población que habitaba en aquella época las tierras catalanas podía diferenciarse en varios grupos. Por un lado estaban los judíos, que constituían una minoría claramente diferenciada. Por otro estaban los invasores árabes y bereberes que eran quienes ostentaban el poder y se hicieron con la mayoría de tierras y propiedades, aunque eran minoría. Además estaban los mozárabes, es decir los habitantes autóctonos que mantuvieron su fe cristiana, y por último los muladíes que adoptaron la fe musulmana para mejorar su calidad de vida.

A diferencia de la influencia de otras partes de la Península Ibérica, la presencia árabe no tuvo una trascendencia directa sobre la cultura catalana medieval. En el norte de Cataluña, la que se conoce como la Cataluña vieja, la dominación musulmana fue de corta duración, aunque sí que se prolongó más en el tiempo en territorios del sur de Cataluña o en las comarcas valencianas, donde han quedado, por ejemplo, más rastros lingüísticos.

Cataluña se encontraba lejos del poder central del califato de Córdoba, una circunstancia que favoreció la aparición de movimientos favorables a la ruptura de la relación con el emirato. Las continuas rebeliones y luchas contra los diferentes emires cordobeses provocó una situación de inestabilidad que los francos aprovecharon con éxito. Esta situación, asimismo, puso la primera piedra de lo que posteriormente serían los condados catalanes.

La reconquista de Cataluña fue, de hecho, una reconquista franca. Por este motivo Cataluña pasa a formar parte del imperio de Carlomagno y de sus sucesores carolingios. Como consecuencia de ello, Cataluña no tenía una vinculación estrecha con el resto

de pueblos peninsulares, quienes conocían a los catalanes como “francos”. Por otro lado, esta relación con los vecinos del norte afianzaron todavía más los vínculos con la Septimania.

Los condados catalanes

Durante los siglos IX y X se producen dos hechos de gran importancia para la historia de Cataluña. La presión que los francos continúan ejerciendo sobre los ejércitos musulmanes provoca que en el siglo IX la mayor parte del norte de Cataluña, lo que se conoce como Cataluña vieja, sea ocupada por los francos y pase a organizarse territorial y administrativamente en condados, mientras que el resto del territorio continúa bajo el dominio musulmán. Por otro lado, las dificultades en el seno de la monarquía carolingia causan que los condados catalanes se sientan ya en el siglo X muy desvinculados de la monarquía franca, lo que provocará la independencia de Cataluña de la mano de Borrell II.

Una de las figuras más importantes de la época es, sin duda, Guifré el Pelós, muerto en 897. Reunió bajo su gobierno los condados de Barcelona, Urgell, Cerdanya, Besalú y Girona. Guifré dividió sus condados entre sus hijos, que continuaron reconquistando territorios a los musulmanes. En una de estas batallas, las tropas árabes reconquistaron Barcelona al conde Borrell, que pidió ayuda al rey de Francia para poder recuperar la ciudad. El rey francés, sin embargo, desoyó esta petición de ayuda y el conde catalán fue reconquistando el territorio perdido poco a poco sin más ayuda que la de sus tropas. Esta circunstancia provocó que el conde Borrell se negara a renovar el juramento de fidelidad a la nueva monarquía de los Capeto, con lo que se puso punto y final del vasallaje de los condes catalanes al rey francés y el inicio de la independencia de hecho de las tierras catalanas. Esta independencia no se formalizaría hasta el año 1258 con la firma del tratado de Corbeil entre Luix IX de Francia y Jaime I el Conquistador.

Entre los condados más importantes cabe destacar el de Barcelona, con clara supremacía sobre el resto de condados, algunos de los cuales fueron anexionándose creando una unidad política y territorial decisiva en los siglos posteriores para la reconquista y la expansión de Cataluña.

Las expediciones de los catalanes se dirigió en varias direcciones: hacia el sur por tierras musulmanas, hacia el norte más allá de los Pirineos, hacia el este por el Mar Mediterráneo y hacia el oeste por tierras de Lleida y Aragón. Pero no fue hasta el siglo XII, bajo el mando de Ramon Berenguer III, cuando la reconquista de Cataluña adquiere un gran impulso poniendo los límites peninsulares en la región de Murcia. El matrimonio de Ramon Berenguer III con Dulce de Provenza (1112) y la adquisición económica de territorios al norte de los Pirineos supusieron igualmente una expansión pacífica por la Provenza y tierras occitanas, entre las que destacaba la ciudad de Carcasona.

La Unión con Aragón

El siglo XII fue de vital importancia para la historia futura de Cataluña. Durante este siglo se produce la unión con la Corona de Aragón, Ramon Berenguer IV ocupa ya todos los territorios de lo que conocemos actualmente como Cataluña y las cruzadas contra los cátaros en el sur de Francia provocan la caída del dominio de los condes de Barcelona.

La confederación catalanoaragonesa fue una manera de evitar que Castilla se hiciera con Aragón. La consecución de esta unión se realizó mediante el matrimonio del conde Ramon Berenguer IV con Peronella, hija del rey de Aragón Ramiro. Ambos pueblos conservaron todas sus características propias, así como sus instituciones y modos de vida, sin que uno interfiriera en el otro, vinculados, eso sí, por el nuevo Rey de Aragón y Conde de Barcelona. Los resultados de esta unión daban solución a toda una serie de problemas de fronteras, ya que ambos territorios tenían interés en la conquista de Valencia y de tierras occitanas. Finalmente, el bien común se sobrepuso a las aspiraciones individuales y la corona catalanoaragonesa consiguió ampliar su expansión, principalmente al sur y por el Mediterráneo.

Durante los siglos XI y XII los condes de Barcelona continuaron la labor de expansión sobre el mediodía de la Francia actual, pero la presencia catalana sobre estos territorios llegó a su fin en 1213 con la batalla de Muret, en la que murió el rey de Aragón, Pere I el Catòlic. A partir de entonces la corona de Aragón renunció a la expansión territorial hacia el norte para concentrarse en las conquistas en dirección sur y este por el Mediterráneo. Pere I dejaba de esta manera a un jovencísimo Jaume I al cargo de una labor que dio inicio a una época de plenitud política y económica en la Corona de Aragón. El rey Jaume es el artífice de las conquistas de Mallorca, que pasaba a formar parte de su reinado en 1229, y de Valencia que finalizó en 1245 con la ocupación de los territorios de la zona sur. La reconquista de estas tierras también implicó una labor de repoblación importante, especialmente en las islas Baleares, aunque también en la zona levantina, dando lugar posteriormente a la extensión de la variedad dialectal del catalán. Si bien es indiscutible el éxito político y militar obtenido por Jaume I, la división posterior de sus dominios entre sus hijos provocó numerosas luchas que finalmente debilitaron considerablemente el poder de la Corona tanto en la península como en el Mediterráneo.

Los siglos XIII y XIV estuvieron caracterizados por las conquistas mediterráneas y el crecimiento demográfico y económico de Cataluña. Durante este período se consolidan los Países Catalanes, desde el Rosellón y las comarcas de la Cataluña Norte hasta el Alguer, en la isla de Cerdeña, incluyendo las islas baleares y el País Valenciano. Todos

estos territorios forman en la Edad Media una confederación con instituciones propias, pero unidos por el gobierno de un único rey. Otra característica común a estos territorios es el uso de la lengua catalana, que perdura hasta nuestros días. Durante estos años se crearon igualmente los *consolats de catalans*, que eran agrupaciones de mercaderes en ciudades extranjeras con las que se mantenían intercambios comerciales. Esta serie de consulados catalanes favorecía el desarrollo del comercio por algunas de las rutas catalanes más importantes, como la del norte de África, la ruta de las islas que transcurría por el Mediterráneo central, la ruta de Bizancio y las islas griegas, la ruta de ultramar que llegaba hasta Chipre o Alejandría y la ruta de Occidente que utilizaba puertos de la actual Bélgica para desembarcar mercaderías con destino al continente europeo.

Almogávares

Un papel significativo en la expansión de la corona catalana por el Mediterráneo corrió a cargo de los almogávares, soldados mercenarios que luchaban por quien les contrataba. El cuerpo de almogávares estaba compuesto principalmente por aragoneses y catalanes, y eran conocidos por su movilidad, valor y agresividad. Los almogávares realizaron a principios del siglo XIV una expedición de más de 6 mil hombres comandada por Roger de Flor a tierras bizantinas para luchar contra los turcos. Una vez completada su misión, el Emperador de Bizancio decidió poner distancia con la Compañía catalana, que se replegó a Galípolis a cambio de unas concesiones extraordinarias que provocaron los recelos de un poderoso grupo de ciudadanos griegos. La chispa que encendió el fuego fue el asesinato a traición de Roger de Flor (1305) y el inicio de lo que se denominaría la “venganza catalana”, consistente en la devastación de Tracia y otras regiones del Imperio. Los almogávares conquistaron así el ducado de Atenas, en manos de los francos (1311) y posteriormente el ducado de Neopatria, que si bien en un principio formaron parte del reino de Sicilia, después pasarían a manos del rey Pere el Cerimonioso hasta 1388 cuando se apropiaron de ellos señores florentinos. Las grandes gestas de los almogávares fueron narradas por uno de los participantes en esta expedición, Ramon Muntaner, en su famosa crónica.

Largo período de crisis

Al igual que otros países de Europa Occidental, Cataluña sufrió un prolongado período de crisis caracterizado por diversos acontecimientos que tuvieron lugar entre los siglos XIV y XV. El país fue objeto de diversas catástrofes naturales y epidemias que redujeron drásticamente su población. Entre ellas cabe destacar las epidemias de Peste Negra desde 1348 a 1371, la epidemia de langostas en 1348 que acabó con las cosechas, o los terremotos de principios del siglo XV. Además, las campañas bélicas de Pere el Ceremonioso tuvieron graves consecuencias en la economía catalana, que condujeron a la quiebra de diversas entidades bancarias. Tras la muerte del rey Pere en 1387, su hijo Joan I no consiguió enderezar la situación y se perdieron los ducados de Atenas y Neopatria, además de una buena parte de la influencia catalana en el Mediterráneo. Su sucesor fue su hermano Martí l'Humà que murió en 1410 sin descendencia, con lo que terminó la dinastía catalana. En el compromiso de Caspe de 1412, que contó con representantes de Aragón, Valencia y Cataluña, se decidió que el futuro rey de la Corona de Aragón sería Fernando de Antequera, de la dinastía de los Trastámara.

La dinastía de los Trastámara

El rey Fernando I de Trastámara permaneció únicamente cuatro años en el trono, en los que tuvo que hacer frente a una revuelta de Jaume d'Urgell, otro de los candidatos al trono. Los años posteriores, bajo el gobierno de su hijo Alfons el Magnànim supusieron la cúspide de la expansión mediterránea con la conquista de Nápoles en 1443 y adonde se trasladó la capitalidad del imperio mediterráneo desde Barcelona. De esta manera, la Corona obtenía prácticamente el control del Mediterráneo con dominios que comprendían Cataluña, Aragón, Valencia, islas Baleares, Cerdeña, Sicilia, Malta, Castellarizzo y Nápoles, además de los virreinos de Albania y Esclavonia.

Ya desde la época de Pere el Ceremonioso los enfrentamientos entre las Coronas de Castilla y Aragón habían sido frecuentes y muy belicosos en algunos momentos. Estas luchas se habían mantenido con los Trastámara en el poder, pero la política del rey Joan II había ido aplanando el terreno para que, a su muerte, fuera su hijo Fernando quien le sucediera en el trono y se casara con la joven Isabel, sucesora de Enrique IV de Castilla. El matrimonio tuvo lugar en 1469, cuanto todavía los jóvenes príncipes no habían subido al trono. Se trató, en cualquier caso, de una unión meramente dinástica, es decir que el hijo que surgiera del matrimonio se convertiría en rey de Castilla y de la Corona de Aragón. Después del matrimonio de Isabel y Fernando las instituciones de gobierno, las leyes, la administración pública, la moneda, etc. siguieron siendo independientes. Entre Castilla y la Corona de Aragón continuaban existiendo unas fronteras políticas, militares y económicas muy bien definidas. En ningún caso, por lo tanto, puede hablarse de unidad de España. De hecho Fernando e Isabel, conocidos como los Reyes Católicos, nunca utilizaron el título de reyes de España.

Los Reyes Católicos instauraron una política claramente favorable a Castilla en detrimento de Cataluña. A ello contribuyó también el descubrimiento de América por Cristóbal Colón en 1492. Sevilla fue la beneficiada del monopolio del comercio con América, a pesar de que en la segunda expedición de Colón, los jefes de las misiones religiosa y militar eran catalanes.

El sucesor de Fernando II en el trono fue Carlos I (1500-1558), el primer monarca de la casa de los Austrias, una dinastía que dirigiría el destino de Cataluña durante aproximadamente dos siglos. Con Carlos I, al mismo tiempo emperador de Alemania, y su hijo Felipe II, Cataluña profundizó aún más su decadencia política, económica y, especialmente, cultural. A pesar de que Carlos I no tenía una preferencia especial por ninguno de los reinos hispánicos, el apoyo de Castilla a sus empresas hizo que su política económica y comercial se inclinara principalmente a favor de Castilla dejando

a Cataluña fuera de la colonización del continente americano. Las relaciones entre Castilla y Cataluña no hicieron a partir de entonces más que empeorar hasta la llamada guerra de los Segadores.

La guerra de los Segadores

A principios del siglo XVII la guerra de los Treinta años asolaba Europa. España luchaba con el Imperio y, como consecuencia, una parte muy importante del ejército real estaba en Cataluña para combatir a los franceses. Los abusos cometidos por los soldados imperiales (españoles, napolitanos, irlandeses y valones) provocaron un alzamiento que comenzó en el norte de Cataluña y se extendió por todo el territorio catalán. El pueblo de Santa Coloma de Farners se negó a alojar a las tropas del rey, tras lo cual se produjeron una serie de altercados que finalizaron con la quema de prácticamente todas las casas de la población por parte del ejército. Esta rebelión iniciada por los campesinos se extendió a Barcelona y otras ciudades catalanas y derivó en una guerra contra las políticas del gobierno español. Mientras que el rey español Felipe IV reunía un ejército en Tortosa para combatir la revuelta catalana, el gobierno catalán de la Generalitat buscó ayuda en Francia. El Presidente de la Generalitat, Pau Claris, proclamó la república catalana y el rey Luís XIII de Francia fue proclamado conde de Barcelona. La situación, sin embargo, para los ciudadanos de Cataluña, y especialmente para los campesinos, no había mejorado mucho. Tras la muerte de Pau Claris las decisiones políticas estaban controladas por los franceses y los campesinos continuaron padeciendo la obligación de alojar y soportar los abusos del ejército, en este caso francés. La guerra duró diez años y se resolvió a favor del ejército español. Como consecuencia del conflicto, Cataluña perdió la región del Rosellón y parte de la Cerdanya mediante el Tratado de los Pirineos (1659), que pasaron a manos francesas, con los Pirineos como frontera entre ambos países. Francia propondría en 1672-73 intercambiar estos territorios por los dominios hispánicos en los Países Bajos, ya que históricamente estos condados siempre habían formado parte de Cataluña, pero España se negó porque para la monarquía española Flandes era mucho más importante. Unos años más tarde lo perdería prácticamente todo sin apenas ninguna contraprestación con la firma del Tratado de Utrecht (1713). Por otro lado, España vio como las potencias europeas se repartían una gran parte de su imperio y perdía su influencia en el continente europeo. Las relaciones entre Cataluña y Castilla fueron menos conflictivas durante el reinado de Carlos II a finales del siglo XVII, pero al morir éste sin descendencia se inició un periodo de inestabilidad con un resultado catastrófico para Cataluña.

La Guerra de sucesión

Carlos II fue el último representante de la dinastía de los Austrias en España. Al morir sin sucesión, dejó en testamento que su sucesor fuera Felipe, duque de Anjou, y nieto del rey Borbón de Francia Luís XIV. Esta decisión no gustó a las potencias europeas como Inglaterra y Holanda que no tardaron en iniciar una guerra por el trono de España en la que participó gran parte de Europa. El archiduque Carlos de Austria formó una alianza con Inglaterra y Holanda contra Francia y España. La alianza contó también con la participación de la Corona de Aragón que se puso de lado del archiduque Carlos. En los años de la contienda bélica falleció el emperador de Austria, José I, y Carlos subió al trono imperial. Ante el riesgo que suponía que el rey Carlos uniera España y el imperio austriaco, los aliados decidieron romper la alianza y firmar la paz de Utrecht en 1713. Esta decisión dejaba a los catalanes totalmente solos y desamparados en el conflicto contra España y Francia. Barcelona resistió las acometidas de los ejércitos borbónicos durante trece meses en lo que fue una hazaña heroica de sus ciudadanos. El día 11 de septiembre de 1714 Barcelona caía en manos de franceses y españoles y poco después lo harían otras ciudades como Cardona, Mallorca, etc.

Como consecuencia de ello Cataluña sufrió una gran represión. Se suprimieron todas sus instituciones, excepto el Derecho civil y se promulgaba el Decreto de Nueva Planta, es decir las leyes que implantaron el absolutismo en la monarquía borbónica española. Se iniciaba un período de represión de la política, la economía, la cultura y la lengua catalanas que se prolongó durante decenas de años.

A pesar de las grandes transformaciones que la derrota de 1714 supuso para Cataluña, la economía experimentó una considerable recuperación gracias al incremento demográfico, la producción agrícola y el inicio de la industrialización, aprovechando el período sin guerras hasta la última década del siglo XVIII.

Por un lado Cataluña obtiene libertad para comerciar con América gracias al decreto de libre comercio de 1778, que autorizaba al puerto de Barcelona, entre otros puertos catalanes, a realizar actividades comerciales directamente con la práctica totalidad de América Latina. Por otro lado en los años treinta del mismo siglo aparecen las industrias de estampación del algodón, que aprovechan los avances científicos que poco a poco van introduciéndose en la industria catalana.

El progreso que significó la práctica totalidad del siglo XVIII se vio truncado con la revolución francesa y el conflicto con España que afectó a Cataluña. Como consecuencia de esta guerra, Cataluña quedó sometida al dominio napoleónico desde 1808 a 1814, una circunstancia que provocó unas pérdidas enormes en la industria catalana y que impidió

que pudiera competir con las industrias textiles de otros países como Inglaterra. Tras la guerra del francés, como fue denominada la contienda contra los ejércitos napoleónicos, se reinstaura en España un gobierno absolutista de manos de Fernando VII. Durante los siglos XVIII y XIX los diferentes gobiernos españoles acabaron de dismantelar cualquier resto de lo que podía quedar del Estado catalán y se esforzaron por anular los rasgos diferenciales que todavía podían existir en la sociedad catalana. El siglo XIX fue un período marcado principalmente por los conflictos entre liberales y absolutistas, en la primera mitad de siglo, y moderados y progresistas en la segunda mitad, todo ello desembocó en una guerra civil entre los partidarios del rey Carlos y los liberales. A pesar de las tres guerras carlinas que asolaron España en el siglo XIX, Cataluña vivió a finales de siglo un período de recuperación de la lengua y cultura catalanas que resultó decisivo para la supervivencia del catalán.

La Renaixença

Cataluña había visto como a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII el uso del catalán fue disminuyendo progresivamente en favor del castellano, al igual que la producción literaria, reducida prácticamente a la literatura popular. A lo largo del siglo XIX tiene lugar un movimiento de recuperación de la lengua y la cultura catalanas que conlleva una nueva percepción de la catalanidad en todos los ámbitos. Este movimiento, llamado la *Renaixença*, se produce en prácticamente todos los ámbitos de la vida. Aparecen los primeros periódicos en lengua catalana, se organizan los primeros congresos sobre la lengua catalana, se crean fuerzas políticas desligadas de los partidos generalistas españoles y con ideales descentralizadores. Surgen, asimismo, los primeros movimientos obreros y sindicales. En los últimos años del siglo XIX se sientan las bases del catalanismo político que se consolidará en la primera mitad del siglo posterior con partidos nacionalistas como *Solidaritat Catalana*, la *Lliga regionalista* i personalidades como *Enric Prat de la Riba*, quien impulsó la creación de la *Mancomunidad de Cataluña* (1914-1925), un organismo encargado de gestionar servicios de gran importancia para la sociedad, como la mejora de la infraestructura viaria, la creación de escuelas, el *Institut d'Estudis Catalans*, etc.

La instauración de la Dictadura del general Primo de Rivera (1923-1930) acabó con la *Mancomunidad*. Este nuevo regreso al centralismo, que contó con el apoyo inicial de la burguesía catalana, reprimió con dureza los movimientos nacionalistas y el sindicalismo obrero. El régimen dictatorial prohibió el uso público del catalán en actos oficiales, en las escuelas, la publicidad, la iglesia... También se prohibió la bandera catalana y fueron muchas las instituciones que tuvieron que padecer la intransigencia del dictador. La dictadura cayó en 1930 cuando la burguesía catalana, algunos sectores del ejército español, el propio rey Alfonso XIII o intelectuales de renombre como José Ortega y Gasset dejaron de apoyarla. Se dio paso así a la Segunda República, instaurada el 14 de abril de 1931. Ese mismo día, *Lluís Companys*, proclamó la *República Catalana* en el marco de una Confederación de pueblos ibéricos con el claro objetivo de liberarse de una vez por todas de la monarquía borbónica. Sin embargo, las presiones ejercidas desde el gobierno central republicano hicieron que *Francesc Macià* aceptara la creación de la *Generalitat de Cataluña* como órgano de autogobierno que sería la encargada de regular las relaciones entre el gobierno catalán y el gobierno central. El 9 de septiembre de 1932 se aprobó el Estatuto de Autonomía de Cataluña, que supuso una enorme transformación en la estructura de la política y la administración del país. El nacionalismo catalán se había consolidado y en febrero de 1936 la coalición *Frente de Izquierdas*, encabezada por *Esquerra Republicana de Catalunya* ganaba ampliamente las elecciones. La victoria

de los partidos de izquierda en 1936 dio paso al inicio de la rebelión militar encabezada por el general Francisco Franco, que desembocaría en una guerra civil (1936-1939) que dividiría España en dos bandos claramente diferenciados: los nacionales y los republicanos.

La guerra civil

Los primeros días del inicio de la contienda bélica fueron trágicos en Cataluña, donde se produjo el asesinato indiscriminado de personas de ideología de derechas, así como religiosos, burgueses, empresarios, etc...

El apoyo que Franco recibió de la Alemania nazi y la Italia de Mussolini inclinó desde el primer día de conflicto la balanza a favor de los nacionales y dejaban a los republicanos en clara desventaja. En Cataluña la guerra se inclinó de forma negativa para los intereses catalanes a partir de 1938, cuando el ejército del general Franco ocupó la ciudad de Lleida. La batalla del Ebro, que tuvo lugar entre el 25 de julio y el 15 de noviembre de 1938, acabó con victoria franquista y la derrota de la República. La guerra perduraría todavía unos meses más hasta la conquista de Madrid y Alicante en marzo de 1939.

La dictadura franquista fue una dictadura contra Cataluña. Se anularon las libertades democráticas, el Estatuto de Cataluña, la Generalitat y el Parlamento de Cataluña, así como las entidades catalanistas y de izquierdas. Se daba inicio así a un período de represión que perduraría hasta la muerte del dictador en 1975. Además de todas estas prohibiciones, Cataluña vio cómo muchos catalanes comprometidos con la República tuvieron que exiliarse, entre ochenta y cien mil personas cruzaron la frontera en febrero de 1939 para refugiarse en los campos de refugiados del sur de Francia, donde las condiciones de vida eran tan desastrosas que muchas de ellas murieron. Los refugiados que sobrevivieron a estos campos tuvieron que enfrentarse después a la ocupación alemana de Francia, lo que conllevó la deportación de muchos de ellos a los campos de concentración de Mauthausen o Dachau, entre otros.

La represión tuvo diferentes formas, como la expulsión de profesores, el encarcelamiento de multitud de personas, fusilamientos, etc.

Tras la muerte del dictador Franco se inicia un período de transición de la mano del presidente español Adolfo Suárez, con el objeto de instaurar la democracia en España. Fueron los años del retorno de multitud de exiliados y de la restauración de la Generalitat de Cataluña. En 1979 tuvieron lugar las primeras elecciones democráticas en España y la promulgación del Estatuto de Cataluña, que regulaba las competencias entre España y Cataluña y creaba las instituciones que dirigirían el país en los años posteriores. El partido Convergència i Unió ganó las elecciones en 1980 y con Jordi Pujol a la cabeza gobernó Cataluña hasta el año 2003. Durante ese tiempo, Jordi Pujol tuvo que hacer frente a la reticencia española de ofrecer más autogobierno a las autonomías y al golpe de estado fallido de 1981.

La historia más reciente de Cataluña viene marcada por el movimiento independentista después de que una decisión del Tribunal Constitucional de 2009 invalidara algunos de los artículos más importantes del nuevo Estatuto de Cataluña de 2006. Las continuas políticas centralizadoras y anticatalanistas de los sucesivos gobiernos españoles han aumentado considerablemente el sentimiento independentista entre la población, tanto catalana como de origen español, hijos de los emigrantes españoles que llegaron a Cataluña en los años 60 y 70.

Las manifestaciones populares a favor de la independencia, con cientos de miles de personas clamando por la independencia de Cataluña o la Vía Catalana, una cadena humana de 400 kilómetros en la que participaron alrededor de dos millones de personas que unieron el norte y el sur de Cataluña, parecen signos claros de que el camino hacia la independencia de Cataluña no tiene vuelta atrás.